

*Hola! Bienvenido a Tipping, la web de escritura online más usada del mundo.*

*¡Comienza a contar tus historias!*

Este es el cartel que se le presentaba a Gabi frente al ordenador.

En su sueño de dedicarse a la escritura siempre se imaginaba en una buena mesa de madera antigua, con una máquina de escribir que le daba un rollito retro y lluvia cayendo melancólicamente por su ventana, pero bueno, por algún sitio hay que empezar. Así, encima de la cama, con su portátil con pegatinas de los Gormiti y con las persianas bajadas porque a las 5 de la tarde el sol pega en su cuarto, Gabi pulsó en *Crear Cuenta*.

*¡Genial! Por favor, introduzca la información necesaria para continuar*

Puso su correo, su número de teléfono y eligió como foto de perfil una pillada de su gato bostezando. Añadió su edad (16) sus aficiones (leer, ver animes, dibujar...), sus géneros favoritos (joven adulto, terror, ciencia ficción...) pero tras todo esto aún faltaba una pregunta por responder.

*Género:*

- Hombre*
- Mujer*
- Prefiero no decirlo*

Miró al ordenador durante unos segundos. ¿De verdad era necesario? A ver, entendía que fuese una pregunta, pero por otro lado no es como si fuese algo demasiado importante de su personalidad, o un rasgo clave con el que se definiera.

Pasó el cursor por encima de "*Prefiero no decirlo*", pero algo se revolvió en su interior. ¿Verdaderamente no quería decirlo? No tenía ni idea.

No es como si fuese a marcar "*Mujer*", eso desde luego, pero la otra opción... implicaba admitir muchas cosas, muchas más de las que se atrevía a decir en voz alta.

Sí, desde luego "*Prefiero no decirlo*" era la opción más segura. Ambigua, cómoda, que le definía muy bien... y al fin y al cabo, ¿para qué molestarse?

Sin embargo, seguía siendo incapaz de clicar en la pequeña casilla de la pantalla.

—Ahghh! Maldita pregunta!" —Suspiró mientras se levantaba de la cama y se tiraba en su alfombra, dejando el ordenador abandonado en su almohada—. ¿Qué se supone que significa esto?"

Metió las manos en los bolsillos de su sudadera.

En realidad, no es como si no hubiera pensado en esto otras veces, pero normalmente estas preguntas se le presentaban a eso de las doce de la noche, cuando no podía dormirse y su cerebro iba por libre. Durante el día esperaba de su cabeza comportarse de forma organizada y cuadrada, centrándose única y exclusivamente en las cosas serias e importantes, como comenzar su prolífica carrera literaria en un blog de internet.

Se rió por lo bajo. Sonaba casi como un superpoder. *Por el día soy Gabriela, una chica normal con una vida normal, pero por la noche me convierto en... bueno, mejor dejarlo en Gabi.* De hecho, es lo que habían hecho sus amigos, dejarlo en Gabi.

Hacía un par de meses su amiga Paula había salido del armario. Estaban todos durmiendo en su casa, era tarde y simplemente dijo —¿Sabéis? Creo que me gustan las chicas.

A lo que Gabi, sin pensarlo respondió. —Yo no estoy segura de ser una chica.

Habían vuelto a hablar de lo de Paula (de hecho, estaban montando un complot para buscarle novia) pero no de lo suyo. Aún así, sus amigos no le habían llamado Gabriela ni una sola vez desde esa noche, solo Gabi. Como si quisieran darle espacio para pensar. Como si estuvieran preocupados de hacerle sentir mal si le llamaban por su nombre completo. Sonrió solo con pensarlo.

¿Sabes qué? A la mierda. Si Paula puede buscarse novia y sus amigos le querían igual aunque se llamase sólo Gabi, entonces tenía que enfrentarse a esto. Era capaz.

Se levantó de un salto y subió a la cama. Cogió el ratón y... se quedó en blanco.

Vale a ver, admitamos que no fue un principio especialmente positivo, pero era que esa cuenta era algo importante y tenía miedo de estropearla. A lo mejor podía probar otra cosa. Podía por ejemplo decirlo en voz alta, a ver si pasaba algo.

—Soy... soy un chico —susurró. La reacción fue inmediata.

Sintió como si una fuerza misteriosa le atravesase el pecho, el nudo que tenía en la garganta se le destensó y se le agravó al mismo tiempo y sintió una punzada de valentía extraña que le recorría el cuerpo.

Venga vale, otra vez.

—Me llamo Gabriel, y soy un chico.

Y de repente todo encajó. Todas las preguntas que había tenido en la cabeza, todas las divagaciones, todas las noches dando vueltas en la cama, todas sus inseguridades... todo quedó colocado como un puzzle, mientras sentía como una tensión que no sabía que tenía en el cuerpo desaparecía.

Sonrió tímidamente, yendo a marcar la casilla correcta, con la mano aún un poco temblorosa, cuando oyó el ruido de la puerta de su casa al abrirse.

—¡Gabriela cariño! ¡Ya estamos en casa!

Fue como si una jarra de agua fría le cayera encima. Sintió como toda la valentía acumulada en los últimos momentos desaparecía y, sin darse cuenta, volvió a mover el cursor a "*Prefiero no decirlo*".

Miró a la pantalla, mientras un mar de pensamientos contradictorios pasaba por su mente. *Es mentira. Solo está en tu cabeza. ¡Escóndete! No puede saberlo nadie.*

Pero Gabriel era fuerte, y se obligó a respirar. Se obligó a, poco a poco, desmentir todos y cada uno de los pensamientos, y, cuando por fin recuperó la calma, se obligó a pensar en sus amigos.

—¡Oye Gabi! Estaba pensando en hacer un par de sandwiches para tu madre y para mí, ¿quieres uno?"

Y entonces pensó en sus padres. Pensó en cómo se preocupaban por él, y como siempre le habían dicho que estarían de su lado pasase lo que pasase. Pensó en cómo nunca habían criticado su música o sus series pese a no entenderlas del todo y como se esforzaban en aprenderse los nombres de los personajes de los cuentos que escribía en su tiempo libre. Pensó en que sus padres le querían por encima de todo y tomó la decisión más difícil que había tomado en su vida.

—Papá, Mamá ¿podemos hablar un momento?

Andando despacio salió de su habitación y se acercó al salón, donde sus padres estaban viendo la tele. Según entró por la puerta la pausaron.

—Claro que podemos hablar cielo, ¿pasa algo? —preguntó su madre.

—No a ver, no es nada malo, es solo que... A ver... esto... yo...

Se sentó en el sofá mirando a sus padres de frente, cerró los ojos y respiró.

—Bueno, sabéis que tengo 16 años, ¿no? Y... bueno, esta es una edad de aprender muchas cosas, conocerse a uno mismo...

Se calló brevemente, sin tener muy claro cómo continuar. Estaba a punto de decir que no era nada cuando sin pretenderlo cruzó miradas su padre, que esbozaba una media sonrisa y esperaba pacientemente a que encontrara las palabras. Tomó aire y continuó, esta vez un poco más tranquilo.

—La cuestión es que me he dado cuenta de que no soy exactamente una chica, de hecho, lo he estado pensando y... creo que soy un chico.

Se hizo el silencio y Gabi volvió a sentir las mariposas en el estómago provocadas por admitir su secreto en voz alta, solo que esta vez estaban mezcladas con el miedo a la reacción de sus padres. Cerró los ojos, intentando contener las lágrimas, y justo en ese momento su madre le abrazó.

—Tranquilo cielo, no pasa nada, seguimos contigo.

Y entonces Gabi, a quien no se le había pasado por alto ese “tranquilo” rompió definitivamente a llorar.

Su padre se unió al abrazo, revolviéndose el pelo mientras se reía.

—Ni que se hubiera muerto nadie hombre, respira anda, que no pasa nada.

Cuando finalmente se soltaron se quedaron callados unos segundos, sonriendo.

Fue su padre quien finalmente rompió el silencio.

—Oye, ¿y el nombre? porque cuando tu madre y yo estuvimos pensando nombres para tí elegimos Ernesto como posible nombre de chico.

Pese a tener todavía los ojos llorosos Gabi no pudo evitar reírse y poner cara de asco.

—¿Ernesto? ¡No por favor! —sonrió mientras se terminaba de secar las lágrimas—. De hecho, había pensado en Gabriel. La mayor parte de la gente me llama Gabi y la verdad es que me siento ya bastante identificado con ese nombre.

—¿Gabriel? Me parece perfecto —dijo su madre con una sonrisa.

—Voy a hacer los sandwiches para celebrarlo anda. Porque tú querías uno, ¿no Gabriel?

Su padre le guiñó un ojo, y Gabi no pudo evitar sonreír.

—Sí, pero tengo que terminar una cosa. Esperadme un momento, ¿vale? ahora vuelvo.

Gabi fue rápidamente a su cuarto y, esta vez sin darle demasiadas vueltas, marcó la opción “*Hombre*” en la pantalla. Pulsó en *Siguiente*, y apareció ante él el siguiente mensaje.

*¡Genial! Por último, añade una pequeña descripción sobre ti para que puedan verla tus lectores, dinos ¿Por qué quieres escribir?*

Gabi sonrió. Aunque la anterior pregunta le había costado mucho, esta fue capaz de contestarla en apenas unos segundos. Pulsó en *Terminar* y se fue a merendar con su familia.

*Hola, soy Gabi y tengo 16 años. Quiero escribir porque sirve para contar historias que no pueden contarse de otra manera. Puede que sea difícil pero, como aprendí hace poco, las cosas es mejor decirlas.*